

# LA CONDICIÓN HISTÓRICA DE LA VOCACIÓN CRISTIANA

JOSÉ-MARÍA SOUTO-UGIDOS

## 1. *Introducción*

El misterio de la Encarnación da lugar a la plenitud de los tiempos. Pero «esa última plenitud de sentido de la Historia en Cristo no puede entenderse como si los seres naturales prescindieran de un *eidos* propio inmanente y sólo lo poseyeran en Cristo. Sin admitir una esencialidad inmanente, otorgada desde la Creación sin poder perderse, tanto en el hombre individual cuanto en la Historia universal en su desarrollo y evolución temporal, no se podría tampoco sostener que Dios se hubiera hecho verdaderamente hombre e Historia. La definición esencial del hombre no es que sea un miembro de Jesucristo, ni la de la Historia universal es que (veladamente) coincida con la historia del Reino de Dios»<sup>1</sup>.

Verdaderamente el nacimiento de Jesucristo no es sólo la presencia del Dios-hombre en el mundo, sino también el nacimiento de un rey soberano de todo lo que sucede, soberano del propio acontecer de lo creado. Por tanto la historicidad propia de Cristo convierte la historia anterior en presupuesto y da norma a la restante historia. Esto quiere decir que la historia universal no es un absoluto, independiente, puesto que recibe de Él su sentido último.

Desde la perspectiva de la fe hay una acción divina providente que gobierna la historia profana y la conduce a su consumación en Cristo. Para la Revelación, el sentido de la historia es el cumplimiento del designio de Dios. Comienza con la Creación original, tiene su culmen en la Encarnación redentora y termina con la nueva creación en

---

1. Cfr. BALTHASAR, H. U., *Teología de la historia*, Madrid 1992 [Einsiedeln 1959], p. 108.

la que se consuma la Redención<sup>2</sup>. La historia, según la Revelación, comprende el período que se desarrolla entre la primera creación y la nueva creación iniciada en la Encarnación y consumada con el fin de los tiempos<sup>3</sup>. En definitiva, para la Revelación el sentido de la historia es Cristo, el Dios-hombre. Así, desde este punto de vista, el hombre y la historia se consuman mediante su Redención. Es el sentido sagrado de la historia.

Situados aquí, podemos mostrar a continuación que para cada hombre el sentido de su historia —la historia vivida— proviene del cumplimiento de su vocación. Esta vocación, además, se manifiesta mediante unos signos —*res gestae*— que le permiten también formar parte de la historia general.

## 2. Historia y vocación

Vamos a contemplar la vocación cristiana «en la cara histórica de su realidad: como llamada que llega, es entendida, aceptada o rechazada. La llamada, como acontecimiento, es el encuentro con el Dios vivo, a cuya esencia pertenece ser evento... [y] el evento eterno que Dios es no se actualiza para el hombre en una continuidad temporal... sino en instantes jamás calculables»<sup>4</sup>.

---

2. El hombre se ha preguntado muchas veces si la historia —en cualquiera de sus significados— tiene o no tiene un sentido. Las respuestas han sido muy diversas. Para algunos el sentido de la historia es su *evolución* hacia la perfección o hacia la decadencia (en el lenguaje propio de las ciencias físicas se habla de entropía positiva o negativa). Para otros el sentido a la historia se lo confiere el hombre. Fuera del hombre sólo existe un caos de acontecimientos o mejor de hechos brutos, que el hombre convierte en historia. Según esto la historia es el hombre. Y por consiguiente el hombre es historia. Si preguntamos a la historia por su sentido, si nos remontamos a épocas pretéritas para buscar la concatenación causal, racional, lógica de los hechos, de los acontecimientos, entonces nos estamos moviendo en el terreno de las ciencias profanas. Sobre ello la Revelación no tiene nada que decir. Cuando nos preguntamos por la finalidad, la destinación o el significado trascendente o teológico de la historia, es decir cuál es el sentido último que tienen para el hombre esos hechos o acontecimientos, estamos en el terreno propio de la Revelación.

3. Cfr. GUARDINI, R., *El Señor*, Rialp, Madrid 1958, II, p. 384-5.

4. Cfr. BALTHASAR, H. U., *Estados de vida del cristiano*, Ed. Encuentro, Madrid 1994, pp. 350 y ss. En esta obra se encuentran muchas luces interesantes, como en casi todos sus otros escritos. Hay que subrayar que presenta la vocación con una fuerte dependencia de la doctrina ignaciana de los ejercicios espirituales, y que considera como paradigma de la vocación las llamadas al sacerdocio o a los consejos (cf *ibidem*, p. 349). Y aunque no niega la universalidad de la vocación cristiana, la infravalora, especialmente en su dimensión laical y matrimonial.

La vocación que notifica al hombre la elección divina no es un hecho pasado y como muerto, sino que se mantiene actual en la vida de cada hombre. Es algo que acontece y se comprueba una y otra vez. Tiene las características de un evento histórico que es posible circunscribir tanto en el pasado como en la actualidad de mi vida. El amor se pone en acto cada vez que respondo a las exigencias de la vocación. El mismo acto objetivo de la elección puede desdoblarse en una serie de actos que en su conjunto representan, a su modo, la historia de un llamamiento<sup>5</sup>.

Al poner en conexión historia y vocación, hemos de comenzar por distinguir. «El término 'historia' encierra una cierta dualidad. Puede designar tanto el pasado del hombre (historia vivida), como historia contada, escrita del conocimiento del pasado. Para evitar esta ambigüedad, los autores suelen distinguir entre historia e historiografía, entre historia (con minúscula) e Historia (con mayúscula), entre Historie y Geschichte»<sup>6</sup>. Si nos referimos a la vocación como 'historia' conviene precisar que estamos ante una 'historia vivida': pues contiene aquellos acontecimientos que la han desvelado en el sujeto que dice 'tengo vocación'.

Cuando relacionamos vocación con 'Historia' estamos considerando los signos que dan a conocer a la Iglesia —y por tanto también al hombre mismo— que en el sujeto se han dado las condiciones necesarias para administrarle un sacramento: los de iniciación cristiana, el matrimonio o el orden; o que permiten afirmar la existencia y autenticidad de un carisma determinado. Estos signos hacen posible que el historiador reconstruya el pasado y haga Historia.

Sólo en la medida en que la vocación se fundamenta en unos hechos históricos, puede ser reconocida por uno mismo, y, en cierto modo, también por los demás. No basta la experiencia subjetiva individual, se requieren unos signos que manifiesten la autenticidad de la vocación, para que no se confunda esta con un ¡puro hecho de conciencia!, sino que evidencien que trasciende al sujeto y a su vida, y permitan un reconocimiento más allá del yo. «Oímos la voz de Dios mediante el velo de la creaturalidad... Dentro de esa mediación de la voz de Dios hay sólo *dos series de componentes: subjetivos*, que nos acercan

---

5. Cfr. BALTHASAR, H. U., *Estados de vida del cristiano*, cit., p. 302-3; vid tb pp. 303-308

6. Cfr. LATOURELLE R., *A Jesús el Cristo por los evangelios*, Salamanca 1982, pp. 114-126.

la llamada en experiencias, vivencias y sensaciones internas y personales, y *objetivos*, que nos la notifican desde fuera, sobre todo a través de los titulares y elementos del eclesial orden salvífico objetivo de Dios. *Deus vocat exterius et interius* (Santo Tomás)... y toda llamada tiene que participar de alguna manera tanto en la mediación subjetiva como en la objetiva»<sup>7</sup>.

La vocación sólo se da en la historia, y no existe sin historia. Son los hechos subjetivos de la propia vida del hombre los que adquieren una significación especial que desvelan el querer de Dios. La vocación cristiana tiene, como contenidos, hechos históricos, objetivos y subjetivos, que fundamentan su posibilidad de ser conocida y la inscriben en la *historia salutis*.

*Acontecimiento e interpretación* he aquí el núcleo de lo que puede decirse sobre los hechos que dan a conocer y señalan la vocación. Los acontecimientos de la propia vida y del momento histórico de la Iglesia y del mundo —signos de los tiempos— son manifestaciones de un querer de Dios que es inteligible para la persona a quien está destinada la llamada. Él es el que lee estos acontecimientos como llamadas de Dios. Quien conozca o sea testigo de esos hechos, comprenderá también su sentido y podría admitirlos como ciertos o no, pero será incapaz de asegurar que existe esa llamada sin la ayuda del que responde a la llamada, sólo por los hechos que se presencian desde fuera. La propia respuesta del sujeto, la coherencia de su conducta, la santidad de su vida, los frutos de su comportamiento, se convertirán, a su vez, en nuevas señales que le permitirán conocer la naturaleza de la llamada que está presenciando y contarla de palabra y por escrito para la historia general.

Responder a la llamada requiere la sabiduría de la fe y la generosidad del amor. Entender la historia de la vida como una historia de vocación, supone descubrir la providencia de Dios en sucesos personales de muy diversa categoría, casi siempre corrientes, ordinarios, incluso comunes, también en muchas de las grandes conversiones. Aún se necesita la generosidad del amor, para que pueda darse un entendimiento eficaz, operativo, salvífico que haga viable una respuesta de totalidad, tal como precisa la vocación.

En definitiva, en la vocación, hecho y sentido, acción (de Dios y del hombre) e interpretación, se requieren mutuamente.

---

7. *Ibidem*, p. 330; «Es imposible que una llamada de Dios llegue a un hombre solo desde fuera»(*ibidem*).

### 3. *Historicidad de la vocación*

Analicemos lo antedicho desde otra perspectiva. Al ser Cristo el punto más denso de la vocación cristiana, ésta se configura como un acceso a Cristo y también al sujeto que la recibe. Su acontecer en la conciencia es epifanía de Dios y epifanía del hombre. Manifestación que exige la obediencia de la fe, una fe que no se da, ni es posible, sin la historia.

La vocación hace presente en la conciencia del hombre la persona de Cristo, para que le sigamos. Estamos, entonces, ante un hecho evangélico en dos vertientes: pertenece al género literario evangélico<sup>8</sup>; y, como tal, pueden aplicarse a la vocación, con la analogía debida, algunos de los aspectos relacionados con la Palabra de Dios revelada.

En cuanto que se comporta en cada persona de acuerdo con el proceso por el que se conoce la Revelación, la vocación es una ¡anunciación!: una acción divina por la que Dios interpela a la persona en su libertad urgiendo una respuesta vital y existencial<sup>9</sup>, y le transmite una misión, un mensaje, para cuya ejecución se requiere un compromiso y una entrega de totalidad. En este sentido, puede decirse que la vocación es un bien existencial, es decir operativo y que como tal se manifiesta en la acción: la iniciativa divina y la respuesta humana.

La vocación hace posible que la existencia histórica individual de Cristo se haga norma inmediata de la existencia histórica personal, por medio de la acción carismática del Espíritu Santo (la vocación es un carisma<sup>10</sup>). En efecto, al cristiano le corresponde seguir a Cristo, no sólo en algún momento concreto de su vida, como resulta de la acción de los sacramentos, sino de manera ordinaria, con toda la continuidad posible.

Mediante la vocación, queda iluminada e informada la conciencia con la novedad de vida que trae cada día la aventura de vivir la vida de Cristo. Cada «ahora» hace presente la gloria del Resucitado. Gracias a la vocación la ley de Cristo —entendida como la bienaventuranza de amar «siguiendo» el ejemplo del amor de Jesús al Padre y a los

---

8. Cfr. LATOURELLE R, o. c., p. 109: «El evangelio se presenta como una llamada a la decisión última... tanto a nivel personal como colectivo».

9. Cfr. DE LA POTERIE, I. *María en el misterio de la Alianza*, Madrid 1993, pp. 31-66.

10. Cfr. SOUTO-UGIDOS, J. M., *La vocación cristiana en el misterio de la Iglesia (dimensiones eclesiológicas de la vocación)*, en *Actas del XV Simposio de Teología*, Pamplona 1996, en prensa.

hombres— se traduce para la conducta y para el espíritu, en norma próxima para vivir la vida de Cristo de esa manera particular y personal de la vocación.

La vocación es esa instancia del obrar del Espíritu Santo mediante la cual la Tercera Persona de Dios determina «el cómo y hasta qué punto cada momento en cuestión tiene que situarse bajo éste o el otro aspecto que se destaca en la vida del Señor; si ahora toca obrar con el Señor o rezar con Él, esconderse con el Señor o ponerse con Él ante sus enemigos, dar testimonio con el Señor o callar con Él, comer con el Señor o ayunar con Él, regocijarse con el Señor o sufrir con Él en el abandono del Padre. Nadie puede hacer a la vez lo que está contrapuesto pero, para elegir entre lo uno y lo otro le hace falta una norma. Esta norma, en el caso del cristiano, no puede ser la propia buena intención ni tampoco una consideración ética universal. La norma más bien, puesto que se trata de seguir el supremo ejemplo del Dios hombre, debe ser divina ella misma, y puesto que se trata de aplicar una imitación personal, debe ser personal ella misma. Tal norma sólo puede ser el Espíritu, que en ese tercer grado aparece plenamente en su soberanía personal. Pues la obra que aquí toma en su mano, y que el Hijo le cede para que le dé forma, es una obra de suprema libertad divina»<sup>11</sup>.

Detengámonos ahora un poco más a considerar la acción divina que llama a la existencia cristiana. Fijémonos en la acción del Dios creador y redentor. ¿Qué es lo que Dios intenta, en último término, cuando crea al hombre a su imagen y semejanza; y cuando lo re-crea mediante la gracia bautismal? ¿Cuál es en el hombre esa imagen y semejanza personal e irrepitable?

La respuesta más general sería algo parecido a esto: Dios, cuando crea al hombre, a cada hombre, lo que intenta es hacer una imagen, una semejanza de Cristo. Mediante el Bautismo, Cristo mismo actualiza, en la multiplicidad de los hombres, la infinita potencialidad de ser *capax Dei*, en la Segunda Persona encarnada: esa imagen se re-crea en un ser «*ipse Christus*» y un poder obrar, como Cristo, la Voluntad del Padre. Este ser y hacer, así descrito, corresponde precisamente a la composición esencial de toda vocación cristiana, de toda vocación personal: consagración y misión, llamados para ser enviados. Ser Cristo y hacer, como Cristo, la Redención.

---

11. Cf BALTHASAR, H. U., *Teología de la historia*, cit., p. 96, de donde tomo las palabras y las ideas aplicándolas, sin embargo, a la vocación.

Así pues, el núcleo de la vocación consiste en una revelación personal por la que se me manifiesta la persona de Cristo como sujeto-mediador de comunión interpersonal con Dios y con el Mundo, en la fe y en el amor, y que me dice: ¡Ven!

Realizar la idea que Dios tiene de mí es la respuesta a la llamada. La vocación se manifiesta como llamada-respuesta, como don y tarea, consagración y misión. Esa tarea que asume mi ser de criatura redimida en la obediencia de la fe y del amor se plantea, como un proyecto de vida; más frecuentemente en la juventud, pues es característico de la juventud del hombre concebir la vida como un proyecto a realizar, en el que debe inscribir su experiencia personal del amor.

Así pues, al tomar conciencia de mi ser creado redimido, me conozco como llamado, finalizado, destinado, predestinado en Dios y por Dios, puesto que la vocación no es otra cosa que la ejecución de la predestinación<sup>12</sup>. Esa predestinación no supone la predeterminación de cada uno de nuestros actos<sup>13</sup> al modo como un ordenador ejecuta su programa. Dios no ha creado al hombre como a un ajedrecista que, desde la tercera jugada, 've' toda la partida, sino más bien actúa con el hombre como el apuntador de una actriz que representa su función por primera y única vez sin conocer los detalles de su personaje.

La vocación hay que entenderla como un acuerdo de voluntades entre Dios Padre y la criatura hija suya. Es un acuerdo entre dos personas libres, en el que la libertad de Una es el fundamento trascendente de la otra, que la destina, la finaliza, la llama a Él. Predestinado no quiere decir predeterminado, pero sí elegido-para.

Dios, por medio de su Providencia amorosa especial con el hombre, se compromete a manifestarle en la conciencia, en el santuario de su libertad, Su designio en cada acción, en cada elección, para que la persona pueda realizar su bien personal, que supone el cumplimiento de su vocación en la dimensión humana y sobrenatural.

Al dotar al hombre de conciencia, Dios no actúa como un padre que señala al hijo su destino, le reparte la herencia para que él pueda realizarla autónomamente, y se desentiende de la rectitud de cada uno de sus actos... sino que en cada momento le indica, mediante las mocio-

---

12. Cfr. TOMÁS DE AQUINO, *Summa theologiae*, I, 23, 1-8. Vid a. 2, resp.: «la ejecución de la predestinación es la vocación y la glorificación como dice el Apóstol: y a los que predestinó, a éstos también los justificó; a los que justificó, a éstos también los glorificó (Romanos 8: 30)».

13. Cf *ibidem*, a. 1 ad 1

nes de su Gracia, el camino recto, debido, en el que se realiza verdaderamente su vocación, para que él pueda decidir bien con la ayuda de su imprescindible providencia.

Pues bien, el sople del Espíritu Santo es el que transmite la voluntad del Padre re-presentando la persona de Cristo a la conciencia mediante el carisma de la vocación cristiana. Por consiguiente, el cristianismo no es un único camino, sino un haz de caminos.

Todo lo expuesto anteriormente pone de manifiesto que la historicidad de la vocación proviene de la historicidad de Cristo, el Dios hecho hombre, modelo y molde de toda vocación. Esta historicidad es precisa para que la vocación se sitúe correctamente en la vida de fe del cristiano: es su garantía. Son hechos sobrenaturales y humanos transubjetivos, no impresiones meramente psicológicas o intrasubjetivas resultado de mecanismos proyectivos inconscientes.

#### 4. *La vocación, historia de amor*

«Cada llamada de Dios, como toda relación de amor entre hombres, tiene su historia y su evolución... En la mayoría de los casos, sólo es posible posteriormente, desde la llamada, interpretar todo el camino... Cada camino es una historia de amor nueva, irrepetible»<sup>14</sup>.

El Amor *de* Dios no es sólo un universal, no es un concepto abstracto como benevolencia, amistad, etc., sino que significa un nombre propio, que por nosotros mismos no podemos conocer, ni saber que existe. Lo percibimos sólo en cuanto que Dios nos lo revela. Si la vocación es una particular revelación personal del amor y de la fe en una persona, la vocación cristiana es una particular revelación propia del amor y de la fe, de la persona de Cristo en mi persona<sup>15</sup>. Y esa revelación se manifiesta en la historia vivida por cada hombre y se da a conocer ante la Historia mediante signos que permiten ser reconocida por cada uno y por aquellos que en la Iglesia tienen que discernir los carismas, por encargo de Jesús.

La vocación en cuanto acontecimiento exige una hermenéutica, una interpretación ya que tiene distintos niveles de realidad: en Dios,

---

14. Cfr. BALTHASAR, H. U., *Estados de vida del cristiano*, cit., pp. 302-3; vid. también p. 326.

15. Y también de toda la Trinidad: cfr. SOUTO-Ugidos, J. M., *Vocación cristiana y Revelación*, en «Scripta Theologica», 25 (1993/3) 1115-1142.



en el sujeto —la persona—, en la Iglesia. Acceder al núcleo mismo de la vocación es precisamente uno de los objetivos que debemos plantearnos al hablar de vocación. Al ser una acción divina y una respuesta humana pertenece al ámbito de la relación interpersonal, y, por lo tanto, existen ámbitos impenetrables, pero también otros cognoscibles. El punto de partida para el estudio de la vocación es la experiencia personal y pastoral; el conocimiento de Jesucristo como el primer y principal llamado; el ejemplo bíblico del apóstol, del profeta y de los santos en el devenir de la historia, y especialmente de la Santísima Virgen y San José. Existe un mismo fenómeno sobrenatural y humano que explica la continua permanencia en la historia, tanto de la conversión, como de la perseverancia fruto de las sucesivas conversiones.

Todos estos hechos pueden narrarse de muy diversas maneras, pero suponen la vocación como causa. Testimonian la realidad de una irrupción divina en cada persona, y de la misma o muy parecidas maneras, con diversas consecuencias. Unidad de contenido y diversidad de tareas, que se explican en lo que llamamos vocación. Tener vocación, tiene vocación. Este es el porqué del heroísmo de un santo, la eficacia de su vida, la transformación de su existencia.

La vocación, como otros hechos cristianos, es un acontecimiento de salvación que, como tal, pertenece a la historia y está sometido al ritmo de lo temporal. Podemos hablar así de etapas en la vocación, es decir de una historia de la vocación. De la misma manera que la vida es un desarrollo, también la vocación lo es. Se trata de ver, a la luz de la vocación, nuestra vida personal. En el ahora del acontecimiento el *hoy* manifiesta su valor, desvela su secreto el *ayer*, y se anticipa el futuro, dándole al *ma-ana* un sentido. La vocación se convierte así en la clave del tiempo para cada persona. De este modo, la vocación guía al hombre y agudiza su percepción moral de la vida, anticipa la vida eterna y le proporciona un mayor conocimiento de Dios en Cristo.

La luz y el impulso amoroso de la vocación iluminan y atraen al hombre en un triple sentido: cristológico, moral, salvífico. Nos desvela la realidad de nuestra vida en Cristo; proyecta nuestra existencia más allá de este acontecer hasta su consumación eterna; y también proporciona un criterio moral para que nuestra conciencia perciba con más claridad y eficacia la elección del bien-en-sí-para-mí<sup>16</sup>. La vocación, por así decirlo, descifra la condición personal en el hoy y ahora

---

16. Cfr. HILDEBRAND, D., *Ética cristiana*, Herder 1962, pp. 66-93; vid tb el importante estudio de YANGUAS, J. M., *La intención fundamental*, Pamplona 1995, 173 pp.

de la existencia cotidiana, comunicándole a cada uno lo que realmente es interesante para él por Voluntad de Dios. Dota pues a la vida humana de plenitud de sentido.

La historicidad es un rasgo original y específico de la vocación cristiana, que la preserva del subjetivismo. No estamos ante un acontecimiento que se desarrolle sólo verticalmente en la interioridad de la fe. La vocación procede de la intervención de Dios en la historia.

Como sucede en la Revelación, Dios escoge unos acontecimientos particulares de la biografía personal, o de la historia universal para a dar a conocer a cada uno su Voluntad, para llamar a cada uno en su seguimiento. Todos estos hechos dan lugar a una narración que puede llamarse propiamente la historia de la vocación. Estos sucesos forman parte de una historia salvífica mediante la cual Dios da a conocer al hombre un plan, un proyecto divino que toca a cada uno descubrir y realizar.

En ese proyecto, lo decisivo es cómo se integra el amor, tanto en su dimensión humana como divina. Sólo mediante una fe vivificada por el amor, o con un amor que se fundamente en la fe, puede darse la respuesta a la llamada. Sin el amor, el hombre se desconoce a sí mismo (dimensión humana) y desconoce a Dios (dimensión divina) como Padre, Hermano, Amigo, Esposo, Amor. Así pues, la historia de la vocación es una historia de amor, es decir un amor que se hace historia, narración de *res gestae*<sup>17</sup>.

##### 5. *La historia de la vocación, historia de la Iglesia*

La historia de la vocación forma parte de la historia de la Iglesia, y, en cierto modo, la expresa adecuadamente, en cuanto que la Iglesia se constituye como la comunidad de los santos, de los llamados a realizar la santidad, a vivir en la santidad del amor de Dios.

Ahora bien, el misterio de la Iglesia se manifiesta como un misterio de vocación. La historia de la Iglesia como *historia salutis* se realiza en la historia de la vocación y de las vocaciones, empezando por la historia del protollamado, el Hijo predilecto del Padre, cuya vida manifiesta y contiene toda vocación. La esencia de lo que hemos llamado la eclesialidad de la vocación que configura a cada cristiano como ser

---

17. Cfr. MOURoux, J., *Sentido cristiano del hombre*, Madrid 1972, pp. 175-231.

iglesia y a la Iglesia misma como Misterio de vocación, se encuentra determinado por dos propiedades intrínsecas.

Una es la universalidad de la llamada a la santidad que hace realidad que «la infinita plenitud de sentido de la vida de Cristo se despliega en la variedad de la historia y que al mismo tiempo la historia encuentre su sentido interno al situarse bajo esa norma. [El Espíritu] deja al individuo su voluntad, su albedrío, su libertad; no le arrastra desde fuera, sino que actúa en el manantial interno del espíritu de la criatura... con tal inmanencia que a menudo no se puede distinguir del espíritu natural. Deja a la historia sus propias leyes inmanentes pero la subordina juntamente con sus leyes a las leyes de Cristo»<sup>18</sup>

La otra es que la vocación actualiza en cada persona la ley de la Encarnación por la que el Redentor del hombre se ha unido a todo hombre, a cada hombre, ella encarna en cada hombre el sentido de que Cristo haya venido, haya existido y haya sido como fue.

Efectivamente las vocaciones deben ser medidas por la Iglesia, pero a su vez la Iglesia es medida por la vida de santidad que proponen cada uno de los hombres y mujeres que son fieles a las llamadas del Espíritu Santo que produce tanto la santidad objetiva como la subjetiva, pues ambas están mutuamente implicadas.

Cada vocación es una llamada a la santidad personal, al siempre más del amor de Dios. Es la respuesta concreta que el Espíritu Santo da para manifestar a cada época una verdad que tiene una importancia básica para el hoy del mundo y de la historia de la Iglesia. A la hora de narrar los acontecimientos del Espíritu, que configuran la historia de la Iglesia como evento del Espíritu Santo, es parte necesaria la narración de los carismas que desarrollan y concretan en la historia la acción amorosa de Dios entre los hombres. Y esa narración incluirá destacadamente la historia de las vocaciones. De aquellos hombres que, apasionadamente, manifestaron con sus vidas la historia increíble del amor de Dios por nosotros.

José-María Souto-Ugidos  
Rafael Calvo, 7, esc. izda. 2º A  
E-28010 Madrid

18. Cfr. BALTHASAR, H. U., *Teología de la historia* cit, p. 97.

